

J. DANIEL ARAGONÉS CUESTA

RELACIONADO CON LAS CRISÁLIDAS



OPEN CITY

Relacionado con las crisálidas

Relacionado con las crisálidas

J. Daniel Aragonés Cuesta



Créditos

© 1ª edición, 2017

Relacionado con las crisálidas

© 2017, J. Daniel Aragonés

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electromecánico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this publication may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form, or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise) without the prior written permission of both the copyright owner and the above publisher of this book.

Edición: © J. Daniel Aragonés Cuesta (OPEN CITY 2017)

Diseño de cubierta: Joan Cabotti

Maquetación: Sonia Molina Leivinson © sml'76SNK

Índice

[Portadilla](#)

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Citas](#)

[La soledad: veneno cruel e invisible](#)

[Residuos](#)

[Crisálida 23](#)

[26280](#)

[El nuevo cráter](#)

[Origen](#)

[El desfiladero](#)

[Principio de irrealidad convulsa](#)

[La Central](#)

[Re-evolución](#)

[Lluvia de rayos azules](#)

[El tedio de nadar a contracorriente](#)

[Soy lo que la locura ha hecho de mí](#)

Agradecimientos

Relacionados con las crisálidas (agradecimiento especial):

Capitana Moñy, Crisálida 1, principal activo del corazón de la cúpula. Codificadora de señales erróneas.

Sargento Javinho, Crisálida 2, encargado de alambiques, logística y planificación emocional. Asistido por la I. A. Iona.

Dr. Cabezuelo, Crisálida 3, lazo neuronal de los niveles líricos. Confidente de grado 1.

Cabo Cabotti, Crisálida 4, decodificación y diseño de monitores.

La soledad: veneno cruel e invisible

En mi interior siempre hubo una especie de lucha contra el progreso, la cual, de forma introspectiva, me suscitaba ciertas dudas. ¿Germinaba el ser humano o lo hacían las máquinas? El mundo era una especie de monstruo biomecánico imposible de parar. Una gran parte del globo terráqueo cabía en el interior de un aparato provisto de pantalla táctil, disco duro y un sinfín de aplicaciones dispares e inútiles, en su mayoría. Daba tristeza caer en el bucle amargo de la industria de las máquinas —en teoría, controladas por el hombre—. Por suerte, un tanto ajeno al movimiento global, mi devenir no giraba en torno a la evolución industrial y tecnológica de la sociedad, ni mucho menos. Todo lo contrario. Mi existencia era sencilla y discreta, podría decirse que pasaba prácticamente desapercibido. Iba y venía sin atender a nada ni a nadie, abstraído en la mayoría de los casos. Más que un humano parecía una especie de robot programado, y digo esto en sentido imaginativo, claro. Me veía a mí mismo como a un tipo melancólico de ojos abatidos. Un enfermo mental: agorafobia y fobia social. Era un ser deprimido —adicto a las terapias—, feliz a intervalos irregulares y muy libertino. Por momentos estaba radiante y luego pasaba al modo hipocondría absurda y más tarde desaparecía sin decir nada a nadie. Supongo que la decadencia se había hecho con los mandos de mi vida, y eso era tan real como asqueroso y humillante. Por suerte, o por desgracia total, el destino me prometía grandes cosas, y eso es algo que siempre supe; es difícil de explicar el porqué, ya que se trataba de un sentimiento profundo, un mie-

do, auténtica aversión encriptada, una verdad escondida bajo mi piel. Algo me decía, muy en el fondo de mi oscura mente, que el futuro me tenía guardada una brutal sorpresa, un acontecimiento que contestaría a todas mis preguntas y sembraría mi mente con otras nuevas. Y así fue, en cierto modo. Un día apareció la gran oferta y todo desapareció para siempre: el miedo a lo desconocido, la corrosión del ser humano y la desconfianza. Todo lo que me rodeaba se transformó por completo, sobre todo los miedos, que pasaron a ser meras conjeturas sin sentido, vagas ilusiones cargadas de personajes que ya no estarían cerca de mí intentando controlar cada uno de mis pasos. La oferta me prometía distancia, aislamiento.

Me eligieron por eso, fueron claros, necesitaban enfermos mentales, personas con una percepción divergente, superdotados, tipos con heridas de gravedad, con el cerebro roto, personas pacíficas y violentas, todo al mismo tiempo, observadores capaces de memorizar hasta la muerte, luchadores voraces. En la diferencia radicaba la única esperanza posible, me dijeron.

Expuse mi punto de vista y contesté afirmativamente, aceptando la propuesta. Se trataba de la solución definitiva, la única solución: adentrarme en la rareza, perderme en el mundo de los sueños, morir sin dejar de existir, desaparecer. Creí que de ese modo convertiría mi vida en una especie de poema eterno, o algo similar, pero nada más lejos. Se trataba de un viaje, un largo viaje, un viaje experimental, un viaje sin retorno, una oportunidad de hacer algo grande, aunque ese algo fuera ridículo y difícil de creer.

Lo imposible se abrió ante mis asediados ojos.

Pese a la gran oferta, en esos primeros días previos a los preparativos, pensé que me estaban tomando el pelo, así que lo asumí con mucho humor y continué con entereza maldiciendo mi primera decisión y riendo por dentro. Supongo que accedí gracias a ese hilillo de esperanza que sobrevuela por encima de las desdichas. Quería creer que todo lo ofrecido era real, y puse empeño. Poco tiempo después dejé a un lado las conjeturas y empecé a confiar. Me

despedí de mi viejo empleo y de mi apartamento, y abandoné mi vida por un billete de ida a ninguna parte, lo dejé todo atrás, incluidas las rutinas diarias, las tardes pegado al televisor y los paseos por el parque. Mi tiempo pasó a ser propiedad del viaje y su puesta a punto. El proyecto formaba parte de mí y yo formaba parte de él. Una vez confirmada la decisión, los miedos se transformaron nuevamente, seguían ahí, no lo voy a discutir, en el mismo sitio de siempre, pero ahora se mantenía agazapados, a la espera, ocultos, acallados.

Puesto que la empresa demandaba las veinticuatro horas del día, no tuve descanso ni momentos para pensar en profundidad. Ya no tenía nada que perder, si es que alguna vez tuve algo que perder. Los conceptos, antes muertos y en avanzado estado de descomposición, ahora iban y venían sin descanso, sin dañar mis emociones, libres. He de reconocer que no me aburrí, no tuve tiempo. Cada día, después de trabajar mi físico y memorizar cada detalle, por insustancial que este fuera, asistía de forma obligada a las clases personalizadas e individuales: mecánica, horticultura, física avanzada, supervivencia, electricidad, ciencias aplicadas y Universo en la práctica. Con el tiempo todas las dudas se disiparon hasta desaparecer, no había tomadura de pelo, era real, una realidad paralela e increíble. Formaba parte de un proyecto incomparable. Podía sentirme afortunado, era un sujeto entre un millón, un elegido para gloria. Mi situación se revelaba como algo extraordinario. Así decía mi titular interior: «Seleccionado para morir en soledad». Una rotundidad irónica.

Firmé un contrato bastante peculiar, cargado de letra minúscula. La empresa no se hacía responsable de mi destino como persona, solo me ofrecían la oportunidad de trabajar con ellos. Las decisiones corrían de mi cuenta. Se desentendían de todo, se lavaban las manos. Mi tarea era sencilla y horripilante. No existía el retorno y tampoco garantizaban el éxito. Todo formaba parte de las variables, de los porcentajes, de las posibilidades. La libertad era el premio, desaparecer, dejar atrás la sociedad. Huir para siempre.

No hace falta decir que firmé sin pensar en las consecuencias.

Cuando desperté habían transcurrido cien años, y pese a las infinitas posibilidades de perecer durante el viaje, descritas de antemano por los precursores del proyecto, allí estaba, posado sobre el objetivo, aturdido y anclado al pasado. Los recuerdos se cruzaban con los sueños, nada parecía real, nada lo era. Todo estaba sucediendo tal y como lo estudié, los hechos eran un calco de las enseñanzas. Punto correcto; hora exacta. Conocía los efectos adversos a los que iba a estar expuesto, fui instruido para ello, era mi cometido.

Las alucinaciones eran normales; al igual que la confusión y la atrofia muscular. Lo cierto es que no me encontraba demasiado bien. Debía tener cuidado, ir sin prisa, seguir la pauta. La locura podía hacerse con los mandos en cualquier momento, era un hecho posible, y de ocurrir, todo se iría al traste. Así que decidí incorporarme con suavidad, tranquilamente, en calma total. La cápsula, llamada 23, poseía un pequeño habitáculo en su interior, un espacio cilíndrico y claustrofóbico, de apariencia orgánica, con el tamaño justo para albergar a un ser humano. El núcleo central era conocido como Crisálida 23. Ahí dentro es donde me encontraba, tumbado, respirando entrecortadamente, con ganas de salir al exterior, angustiado, somnoliento, extasiado e incrédulo.

«Igual no he viajado a ningún sitio —me dije—. No es posible, debe tratarse de una burda mentira malformada». Divagué sobre la posibilidad de haber sido la víctima de una broma de mal gusto, o el protagonista de un espectáculo televisivo relacionado con las realidades que viven ciertos enfermos mentales de alto coeficiente intelectual. «¿Un sueño de cien años? —las dudas rondaban por mi cerebro de forma incesante— ¿Criogenizado? ¿Aletargado? ¿Muerto?». Cien años eran muchos años: un siglo, diez décadas,

tres generaciones de insensatos nacidos para servir a la tecnología.

Atravesé las cinco puertas de la cápsula, me coloqué el traje hermético, cogí el equipo necesario y salí al exterior. Fue un ejercicio complicado y lento. La nueva superficie, tal y como me describieron, podía ser hostil, y en cierto modo así era. Me encontraba en mitad de un desierto infinito de arena blanca, una planicie interminable y mullida, plagada de dunas y con un cielo azul tempestad repleto de luz. Estuve cinco largos minutos observando aquel nuevo mundo, trecientos segundos en los que no pensé absolutamente en nada. ¿Me sentí especial? No, tan solo me dejé seducir por la soledad: veneno cruel e invisible.

Después de sacudir la cabeza tres o cuatro veces, ajeno a los posibles peligros, reuní todas mis fuerzas y comencé a realizar pequeños movimientos útiles. Primero, sin despegar los pies del suelo, metí la mano en el bolso de mano, saqué la *tablet* negra y fotografié el terreno. A los pocos segundos sonó un pitido, un sonido que llevaba cien años sin escuchar pero que no olvidé ni olvidaré jamás. La sensación fue curiosa. No tenía recuerdo alguno del viaje, solo había sueños extraños y visiones relacionadas, oníricas todas ellas. Mi última imagen clara era la del día de partida, cuando ellos me introdujeron en la crisálida. Esas últimas instrucciones estaban todavía frescas, no existían los cien años perdidos entre aquellos recuerdos vitales y lo que veía a través de mis ojos. Ellos me dijeron que tardaría en recuperar ciertos datos, que el viaje producía traumas de lenta recuperación, golpes demasiados fuertes para el cerebro. Del éxodo mental al que me enfrentaba me hablaron poco, tan solo recuerdo un par de frases. Se centraron en lo físico, en los efectos secundarios, en el proceso superficial de reparación interna y en la supervivencia más básica. Al fin y al cabo, aquello era algo experimental, una exploración avanzada, y mi posición no era mucho mejor que la de una cobaya de laboratorio. Sé que puede sonar a cuento chino, pero acepté viajar a otro planeta sin poner demasiados impedimentos, y para realizar aquella gesta tenía que meter-

me en una cápsula espacial, someterme a una hibernación controlada y atravesar la nada.

Allí estaba, en un planeta virgen, sintiendo nostalgia al escuchar un simple pitido sin importancia.

La *tablet* negra era un laboratorio electrónico, una máquina de alta gama, y ellos me enseñaron a manejarla, a formar parte de ella. También me dieron una *tablet* blanca, muy diferente a su gemela oscura. Se trataba de una inteligencia artificial —I. A.—, programada para hacerme compañía y suplir ciertas carencias emocionales. Para ponerla en funcionamiento debía estar cerca de un punto de encuentro, o refugio, nunca en otro sitio. En su memoria interna había datos esenciales para mi subsistencia. Control humano convertido en I. A., el futuro en mis manos. Poco más sabía, el resto estaba por descubrir.

Tras el pitido observé la pantalla. El análisis fue conciso. Mi desierto no era de arena, sino de sal fina, de roca salina pulverizada. El resultado me dejó absorto. Fue un flash. Sacudí la cabeza y el brazo libre, las piernas me temblaban ligeramente. Volví a fijarme bien en la zona, considerándola de otra forma, y sonreí. El viento soplaba y giraba, los remolinos parecían tener vida. Era hermoso e irregular, la sal viajaba por el aire adoptando formas de tornado, viajando de un lado a otro. Se trataba de un viento invisible, ligero y constante. Me hubiese gustado sentirlo en la cara, pero toda precaución era poca, no podía dejarme llevar por las emociones. Así que fijé la vista sobre la *tablet* negra, a la que apodé Sofía, por aquello de sentirme arropado por una mujer, y conecté el localizador. El punto de encuentro se encontraba a cuarenta kilómetros de la Crisálida 23. Me esperaba una dura y novedosa jornada.

Caminé sin parar, en libertad, sin sentir el peso de la vida y ningún otro, pues el equipo primario iba sobre la plataforma de un portaequipajes autónomo, apodado Timy. El cacharro no poseía el don del habla, pero entendía mis frases como si fuese un perrillo faldero. «¡Vamos, pequeño Timy!», le decía a cada paso.

Marchar por aquel desierto de sal era algo imprescindible, de vital importancia para mi puesta a punto. Cuanto antes me adaptara al nuevo entorno antes me sentiría mejor. Debía recuperar las sensaciones fundamentales y poner en marcha mis músculos, nervios y la actividad motriz. Todos mis movimientos formaban parte del entrenamiento, así era. En ese punto de la historia no podía dejar nada al azar. La supervivencia era la única prioridad. Seguir las bases. Avanzar con cautela.

No me creía astronauta o explorador, desde el principio solo quise una cosa: huir, desertar de la sociedad humana, escapar de las desgracias; dejar a un lado las atrocidades políticas, las decisiones gubernamentales y la estupidez. Ser alguien excepcional no iba conmigo, mi legado eran palabras enjauladas, pensamientos ahorcados, sueños rotos. Estar allí, rodeado de silencio y sal, era un insulto vacío, una incoherencia, una farsa que no podía comprender. Nada tenía sentido, sin embargo, me sentía bien, más vivo que nunca, seguro de mi elección y con los miedos arrinconados.

Había dos soles: un sistema binario de estrellas. Una era blanca, parecida a nuestro sol, la otra irradiaba rayos de color azulado, y era mucho más pequeña. Durante el trayecto observé que no se movían; el paso de las horas no alteraba su posición. Era como si aquel planeta no girase sobre sí mismo. Se veían tres lunas, cada una de un tono distinto. La imagen, a rasgos generales, era clara. Hacía calor, mucho calor, Sofía marcaba cuarenta grados.

Los efectos del viaje seguían machacando mi cerebro. Todo podía formar parte de una alucinación, de una pesadilla. Así que caminé sin mover la vista del suelo, siguiendo las instrucciones de Sofía. La confianza era importante. Debía confiar en las máquinas. Eran mi única guía.

Cinco años antes de mi salida, ellos, los precursores del proyecto, enviaron una serie de cápsulas constructoras y

naves de transporte, una avanzadilla robotizada. En teoría, todo estaba perfectamente calculado. Tenían como misión construir viviendas adecuadas, laboratorios autosuficientes y refugios experimentales, entre otras muchas cosas clasificadas. Preparar la llegada, ese era su cometido. El punto de origen que marcaba Sofía, denominado refugio, era una de esas construcciones, quizá la única, y mi objetivo consistía en llegar hasta allí y montar una base operaciones. Nunca hubo más instrucciones.

Sofía produjo un sonido agradable, como si una enorme gota de agua chocara contra un charco. Había llegado a mi segundo destino de la jornada: el refugio, el punto de origen. La construcción no era demasiado futurista. Se trataba de un edificio fabricado a base de contenedores rectangulares de transporte marítimo; todos grises y de unos tres metros de altura; metálicos y herméticos. La edificación no era pequeña, calculé cuatrocientos o quinientos metros cuadrados de superficie habitable. No poseía muchas ventanas. Inspiraba desconsuelo y oscuridad. Un gigantesco pórtico, montado con paneles solares, cubría la parte delantera. No parecía el lugar más acogedor del mundo, pero era mi supuesta nueva casa, y no permitiría que nadie me la arrebatase. Por fin estaba allí, parecía imposible, irreal.

Una inesperada sensación de colono celoso invadió mi ser. Me sentía vivo por dentro, furioso. Era gratificante y horrible sentir odio hacia personas que ya no existían, que ya no estaban. Nadie robaría mi casa, sin embargo, algo por dentro me incitaba a pensar lo contrario. «El mundo no existe aquí, todos se han esfumado, han quedado en nada», me dije en pos de calmar mis instintos. Parecía ser inmune a las palabras alentadoras, así que no pude apagar ese odio tan amargo, era perenne, demasiado arraigado a mi *psique*.

Divagué. Soñé. Hui al interior de mi ira.

Me hallaba perdido en un planeta desconocido, en mitad del Universo, aturdido, fuera de lugar y con ganas de gritar y decir NO. Cerré los ojos y me imaginé paseando por los pasillos de un centro comercial, un sábado, hora de máxima afluencia de público, agarrando un subfusil de asalto y con cara de pocos amigos. El resto es una invitación para que vislumbréis vuestra propia masacre. No podía creerme-lo, no era real. Estar allí transformaba mis temores, reconvertía mis fobias. ¿Necesitaba formar parte de algo global? ¿Me encontraba realmente preparado para abandonar el camino colectivo del *homo sapiens*? No lo sabía, no tenía ni idea de nada. Era preciso entrar en el refugio y meditar, escapar de la confusión, buscar un remedio, dejar de imaginar escenas dramáticas y emerger del pozo. No se trataba de pánico a la soledad, era miedo a lo desconocido, y las preguntas eran miles: ¿Sería el único explorador o existirían otros? ¿Habría vida en aquel lugar recóndito? ¿Debía temer o disfrutar del momento? El mero hecho de tener esas preguntas rondando por la cabeza creaba incertidumbre y nuevos miedos. Estaba allí y no sabía nada. Ellos no me informaron debidamente, y por mi parte, ni siquiera me molesté en indagar o preguntar. Tan solo quería escapar. Pasar página. Olvidar la sociedad moderna. Empezar de cero.

¿Qué tenía de especial aquel nuevo mundo? ¿Me encontraba realmente en otro planeta? ¿Estaba acabando con mi vida de un modo voluntario y no quería admitirlo? Las preguntas marcaron la pauta del primer mes allí. Período triste y melancólico. De no ser por la ingesta de sobres de comida para astronautas, dicho sea de paso, la mayor basura comestible del Universo, no hubiese sobrevivido.

No encendí la *tablet* blanca, posiblemente, debido a un acto reflejo inducido por el miedo. Apenas me levanté del sofá. No visité el edificio. Simplemente me tumbé durante treinta días, hasta recuperar la supuesta cordura perdida. Lo único cierto es que no me puse fecha, tenía alimento su-